

AMOR DE MADRE.

AMOR DE MADRE.

I.

Era una noche de estío de 1860, cuando en un hermoso salon de una de las más suntuosas casas de Madrid, se hallaban reunidas cinco personas, y esperando al parecer con la más viva ansiedad alguna noticia ó aviso que debía venir de fuera.

La primera persona de las allí reunidas era un anciano, grave ó más bien severo, de alta estatura y cabellos blancos ya como la nieve que cubre casi todo el año las elevadas crestas de los Alpes.

Este caballero estaba vestido de un rico traje negro; su levita, rígidamente abrochada hasta el pecho, dejaba ver sin embargo una preciosa camisa de batista, cerrada por dos botones de perlas y esmeraldas: por debajo de la holgada levita, se veía parte de una preciosa y finísima cadena de oro del mejor gusto por su sencillez, que despues de sujetar el reloj, sostenia algunos sellitos de oro, tambien enriquecidos con pedrería, y del tamaño más diminuto.

En suma, todo en aquel hombre demostraba al caballero noble, rico, aristócrata, y habituado á la vida del gran mundo.

Era en efecto Lord G., embajador de Inglaterra en España.

Su esposa era española: en Cádiz habia visto la primera luz: allí la conoció Lord G., en un viaje que hizo al salir ya de su juventud, y se casó con ella.

Era una criatura maravillosamente bella: tenia la tez algo trigueña, y los ojos grandes y negros como el terciopelo: sus cejas de seda tenian una delicadeza y una pureza admirable: sus cabellos negros, se reunian en gruesas y apretadas trenzas, que acariciaban su cuello torneado, blanco y lleno de gracia: su trage contribuia mucho á dar más belleza y elegancia á su figura: llevaba un vestido de seda de color claro, siguiendo la moda de las señoras inglesas, que se visten con esmero para la mesa, conservando su *toilette* toda la noche, aunque no salgan de su casa.

Lady G. llevaba sobre el cerrado escote de su vestido, que dibujaba maravillosamente su talle de ninfa, un cuello de encage de gran valor, prendido por una estrella de diamantes.

Dos estrellas de la misma forma, pero más pequeñas, adornaban sus orejas, diminutas y blancas como el marfil.

Aquella encantadora dama, contaba á lo

sumo treinta y dos años; llamábase Cármen, y tanto su nombre como el género de su belleza, acusaban su origen meridional.

El tercer personaje era una niña tan hermosa, tan pura, tan radiante por decirlo así, que á primera vista podia tomársele por uno de esos admirables ángeles que se ven en los bajos relieves de la escuela romana.

Su espesa y rubia cabellera era tan copiosa, que parecia fatigar con su peso su cuello de cisne, y su frente de nácar: aquellas ondas de oro tenian algo de vaporoso y de aereo, como las cabelleras de las vírgenes inglesas.

Inglesa, é hija de Lord. G. y de Cármen, era en efecto aquella encantadora criatura: llamabase María, y acababa de cumplir quince años.

Aún se veia en sus ojos la inocencia de la primera edad: en aquella mirada azul, límpida, y llena de dulzura, habia un mundo de sensibilidad y de amor.

Las otras dos personas restantes no eran tan agradables como las tres que quedan descritas, y sobre todo se diferenciaban mucho de Cármen y de su hija; la una sin embargo, llevaba el dictado de señorita, era hermana de Lord. G., contaba cuarenta y cuatro años, y ostentaba el pomposo nombre de Arabela.

Figuraos, queridos lectores, una mujer muy alta y tan delgada que parecia iba á romperse.

Figuraos unos cabellos de puro rubios, blancos ó albinos, sombreando su rostro casi pajizo, tanta era su palidez; es decir que los cabellos y la tez tenían un color casi igual.

Los labios, no diferían mucho, eran blancos; pero tan delgados, que apenas podían cubrir sus dientes largos y descarnados, aunque escrupulosamente limpios.

Tal era Miss Arabela: su nariz era bastante larga y encorvada, sus ojos tenían el azul casi blanco de la porcelana, sus pestañas eran cortas y amarillas, como su cara y sus cabellos; es decir, que toda la armonía de colorido que hay en el rostro humano, y sobre todo en el rostro de la mujer, que toda la luz y la sombra que nacen de los ojos, de los cabellos, de las cejas, de las pestañas, de los labios, de las mejillas, en Arabela se había fundido en un solo y único color: el amarillo.

Es imposible imaginarse el contraste que aquella pajiza y apagada criatura hacía con la belleza enérgica de Cármen, y con la hermosura sonrosada de María; parecía un cadáver entre una diosa y un querubín, una espina entre dos flores, una estaca entre dos perfumados arbustos.

El corsé de la señorita Arabela, estrechamente ajustado, hacía aun más extraordinaria la ya asombrosa delgadez de su cintura, en extremo prolongada, porque tenía el talle muy

largo: su pecho era hundido: los huesos de sus hombros querían agujerear su vestido de grós verde claro; sus brazos parecían dos espárragos.

Vosotros direis, lectores míos, al leer esta descripción: «He aquí una mujer, que la autora va á pintarnos mala.» Sin embargo, no es así. Miss Arabela era buena y bondadosa, por que era excelente cristiana: más adelante lo vereis.

Vestía con un esmero acompasado y metódico: su traje era largo, solo lo exactamente preciso para que no se viese más que un poco de zapato, y para que ocultase del todo sus blancas medias de hilo de Escocia, tegidas por su mano.

Su cuello y mangas, muy almidonados, tenían siempre una azulada blancura: no había ejemplo, de que, fuese cualquiera el estado de su espíritu, se hubiera presentado Arabela á la mesa del desayuno con el cabello sin arreglar, ó con el corsé sin poner: era ella una máquina que andaba ya sin cuerda y por una especie de costumbre, ó más bien que llevaba la cuerda en sí misma.

Su pelo, que era muy escaso, estaba siempre levantado, en un pequeño rodete, formado muy alto, y muy alisado con pomada, que le llenaba de manchas oscuras: por delante llevaba dos pequeñas baterías de bucles también ali-

sados; en las grandes solemnidades se hacia tirabuzones.

Arabela no habia tenido jamás ni un solo novio: nadie habia pedido su mano, ni á su padre cuando este vivia, ni á su hermano, bajo cuya tutela y proteccion estaba desde los veinte años de su edad, por que á la de cuarenta y cuatro, aún tenia el rubor y la timidez de una señorita de catorce.

Era por lo demás una buena y sencilla criatura, que pasaba casi todo su tiempo en arreglar sus cajones y encerrar con llave en sus cofres sus gorros y sus manteletas: ella era la que cuidaba de las llaves, y de los encajes de Carmen y de María: era la que llevaba á esta última á misa y á confesar, y la que la habia educado, pues poseia una instruccion tan vasta como profunda.

Pero ya volveremos á hablar de Arabela, á la que ahora dejaremos sentada en su sillón, erguida y enhiesta como un junco, y empezaremos á describir la quinta y última persona de las que ocupaban el salón.

Era un jóven que podria contar veintiocho ó treinta años, de elevada estatura, y en cuya altiva y dura fisonomía, habia mucha semejanza con Lord. G.

Era, en efecto, su hijo Osvaldo, jóven señor, que ya alcanzaba la honra de vestir el manto de Par y de sentarse en la Cámara.

Osvaldo era hermoso, robusto, ágil y elegante: tenia el cutis blanco y algo encendido, los ojos muy grandes, muy brillantes, y de un bello color verde mar: la nariz derecha y noble, la boca fresca y roja, adornada con un largo y poblado bigote rubio.

En su frente elevada se veia una inteligencia poco comun, pero tambien una soberbia indomable.

Vestia, con gran lujo y esmero, un pantalon negro, un frac azul con botones dorados, corbata y chaleco blanco. Los botones de su camisa con chorrera de encage, eran de brillantes, y tambien los sellos de su reloj.

Osvaldo, respetaba á su padre, amaba á su tia Arabela, despreciaba á Carmen, y meditaba acerca del porvenir de su hermanita María.

¿Por qué?

Luego se sabrá.

Milord G. se paseaba: Carmen, sentada en un sillón, miraba á su hija: María miraba á su madre; Arabela miraba al techo, y Osvaldo tocaba la marcha real «Dios salve á la Reina» en los cristales de uno de los balcones.

—Padre, dijo rompiendo el silencio que hacia rato reinaba; tendré que irme sin ver á Benedicto: se hace muy tarde, y el Conde de H. me espera.

—Ya no puede tardar, respondió Lord. G. sin volver la cabeza ni dejar su paseo.

—Pero, padre, ya le veré cuando vuelva.

—A la una de la mañana, ¿no es verdad?

—Eso es.

—Eso no puede ser: á esa hora Benedicto, estará ya recogido.

—¿Y qué importa, padre mio? ¡le veré mañana! ¿Qué gran personaje es ese? ¡el hijo de un pobre médico!

—El hijo de mi mejor amigo.

—Eso lo era, cuando ambos érais pobres, padre mio: ahora las cosas han cambiado mucho: él se quedó siendo lo que era y tú, mi querido padre, has llegado al último escalon de la grandeza.

—Eso no me exime de mi palabra.

—¡Yo creo que sí, padre mio!

—Yo estoy cierto de que no.

Estas palabras fueron pronunciadas en tono tan duro, imperioso y concluyente, que Osvaldo no creyó oportuno insistir, y volvió al balcón á proseguir su tocata.

Reinó otro rato de silencio: de cuando en cuando, algun carruaje que cruzaba la calle de Alcalá, donde estaba á la sazón la Embajada inglesa, hacia estremecer á Lady. G. y á María.

Pero los carruajes pasaban, y ninguno se detenía á la puerta.

—¡Cuanto tarda! dijo una vez María en voz baja, mirando á su madre.

—Pronto debe llegar ya, repuso esta con su más dulce sonrisa.

María guardó silencio y cruzó de nuevo las manos sobre su blanco vestido de muselina.

—Es en verdad bien extraña esta tardanza, ¿no es cierto hermana mia? preguntó Carmen á Miss Arabela.

—Extraña en efecto, respondió impasible esta.

—¿Se habrá puesto malo? volvió á murmurar María.

Un rumor muy agradable para su oído, respondió á estas palabras: era un carruaje, que hacia algunos minutos venia rodando rápidamente, y que se detuvo á la puerta de la Embajada de Inglaterra.

Lord. G. presentó ceremoniosamente el brazo á su esposa. Osvaldo presentó el suyo á su tía, y María persiguió á los cuatro hasta el vestíbulo.

II.

—Vamos á recibir al Baronet, dijo Milord G. al salir del salon: y no bien habian llegado al vestíbulo, cuando la persona que hacia tanto rato esperaban, llegó al fin de la escalera.

Era un hermoso jóven como de veinte años de edad, moreno, con ojos y cabellos negros.

Conociase muy bien, que era anglo-americano en su cutis tostado, y en el fuego de su mirada: por lo demás, sus formas nerviosas y delicadas eran finas, agradables y perfectas.

Su vestido de viaje era modesto: ni una joya lucía en su camisa, ni en toda su persona.

No bien sus ojos alcanzaron á ver á la familia de Lord G., parecieron buscar con afán alguna cosa: de pronto la descubrieron sin duda, porque un rayo de júbilo brilló en ellos, y este grito se escapó de sus lábios:

—¡María!

Luego retrocedió confuso dos pasos; se volvió hácia Lord G. y le dijo algo turbado:

—¡Perdon, señor! deseaba tanto ver á mi compañera de infancia...

—Caballero, yo creo sin embargo que la infancia de Vd. pasaria en tiempo mucho más remoto que la de mi hermana, repuso ásperamente Osvaldo.

El jóven viajero no advirtió la acritud de aquel acento.

Volvióse á él, y le dijo con graciosa dulzura:

—Tengo yo en efecto cinco años más que María: ¿pero qué importa eso? Niño era yo todavía cuando la llevaba en mis brazos á buscar nidos de pájaros: niño cuando la cogía fre-

sas en el jardín de mi padre; y aunque nos separásemos algunos años, niños éramos los dos!

Calló Benedicto, despues de este caluroso razonamiento, y asió las manos de María con transporte: ella por su parte le miraba sonriendo; de los ojos de Carmen caian dulces lágrimas: Lord G. estaba grave, Arabela impasible segun su costumbre, y solo en el rostro de Osvaldo, se veia una cólera profunda y concentrada.

—Caballero, dijo al fin, debo advertir á Vd. que aun no ha saludado ni á Milady, ni á mi tía: y eso sólo por mirar á mi hermana.

—¡Ay! ¡es por ventura uno culpable en mirar lo que es suyo! murmuró Benedicto: pero reprimiéndose al instante se volvió á las damas, y les dijo con voz respetuosa y dulce:

—Perdon, señoras, si distraido en mirar á María, he dejado de saludar á Vds.: pido un poco de indulgencia, para aquel pequeño Benedicto que sostenia las madejas de estambre á Miss Arabela, y jugaba al volante con la hermosa y dulce Lady G.

—Éras bien loquillo entonces, repuso Carmen con bondad: me acuerdo de que tu padre se quejaba continuamente de tu impetuosidad.

—¡Ah, mi pobre padre! murmuró el jóven: es verdad que se quejaba mucho, pero solo delante de mí; cuando yo no estaba presente, me alababa sin cesar.

El silencio siguió á estas palabras, y no era extraño, porque ellas evocaban memorias muy tristes: el padre de Benedicto, hacia poco que habia muerto, y aún vestia luto su hijo por él.

Miss Arabela, deseando cambiar la disposicion de los ánimos, segun su buena costumbre cuando estaban tristes, dijo entonces:

—¿Te acuerdas, querida hermana, de aquella noche que saltó Benedicto las altas tapias del castillo de Milord Williams por traerte aquella hermosa planta de dalias?

Cármen volvió la vista hácia uno de los balcones del salon, y extendió hacia él su blanca mano.

—Allí están, dijo mirando al jóven: son blancas, y por esta circunstancia adornan de un modo tan primoroso los cabellos de María.

—¡Cómo, señora! conservará Vd. todavía esas venturosas flores? exclamó con acento conmovido el jóven americano: ¿será cierto que ellas alcanzan la dicha de adornar los cabellos de esta niña?

Cármen, en vez de señalar de nuevo al balcon, señaló entonces á su hija, que bajaba la cabeza ruborizada y confusa.

En aquella cabeza que se inclinaba y entre elásticos bucles de oro, se veia en efecto una magnífica dalia blanca, fresca y encantadora.

Benedicto unió sus manos extasiado: en su

afan de mirar el rostro de María, no habia visto su adorno.

Luego se levantó y fué al balcon, que abrió con su impetuosidad natural.

Una soberbia planta de dalias apareció, semejando cada flor bañada por la luna, una sonrisa de la noche.

—Caballero, dijo Osvaldo ásperamente; me sorprende que sin pedir permiso á nadie se tome Vd. tan extrañas libertades: suplico á Vd. que cierre ese balcon.

Benedicto, no oyó estas duras palabras.

Llevado de su carácter apasionado y entusiasta, miraba á las flores, las acariciaba, las besaba una por una: muy tierno y cariñoso debia ser el corazon de aquel jóven, cuando así agradecia á aquella planta el haber vivido para que él volviese á verla.

Osvaldo fijó en su padre una mirada de reproche: aquella mirada decia con no poca dureza:

—¿Y es posible que mi padre consienta esto?

Miss Arabela, con su candidez, vino á cambiar, segun acostumbraba el aspecto de la escena.

—Lo único que me disgusta de esa planta, dijo gravemente, es que haya sido robada: parece imposible, siendo tan hermosa!

Estas palabras hicieron volver en sí al viajero, cerró el balcon de nuevo, y volvió á donde estaban las señoras.

—Mi querida Miss Arabela, dijo tomándola afectuosamente una mano, debo consolar á Vd. y decirle que pagué ya esa planta, y bien cara.

—¿De veras? preguntó la señorita con gozoso acento.

—Muy de veras, como Vd. verá.

—Ya escucho.

Y Arabela extendió los pliegues de su vestido en toda la longitud del sofá, persuadida de que se había arrugado un poquito por su descuido.

—Al día siguiente de haber arrancado esa planta del jardín de Lord Williams, le envié una cosa que yo tenía, y que él ambicionaba mucho.

—¿Y qué era?

—Era un yathagan árabe, que uno de mis abuelos trajo de sus viajes á Oriente, y que se lo regaló uno de los jefes de las tribus errantes.

Coloqué el cuchillo en una rica caja de terciopelo, y se la mandé con un criado, acompañado de la carta siguiente:

—“Mi querido Lord: Esta noche pasada, he robado á Vd. una planta de dalias blancas: las apetecía una hermosa dama, á quien estimo mucho, y no sabia dónde encontrarlas; por tanto creo que siendo Vd. tan galante, me escusará una falta que estoy seguro de que hu-

biera cometido en mi lugar: para indemnizarle le remito el yathagan que tanto deseaba, y que yo jamás había querido cederle.”

El mismo criado portador, me trajo la respuesta que sigue:

—“Querido niño: Celebro su capricho de Vd., que me ha hecho adquirir el soberbio yathagan del desierto; dalias, tengo muchas más, y cuchillos como ese no había encontrado ninguno.”

—Es una terminacion de este enojoso asunto que yo no esperaba por cierto, dijo Miss Arabela, dando un suspiro de satisfaccion, y extendiendo un poco más los pliegues de su falda.

—Ni yo tampoco, añadió Lady G.

—Ni yo, repitió María; aunque á decir verdad, si yo me he adornado muchas veces con estas flores, ha sido porque no sabia que hubieran sido hurtadas.

—Yo te he prohibido muchas veces que te las pusieras, dijo severamente Lord G., y eso que ignoraba su poco digna procedencia: ¿acaso es que no quieres las flores de diamantes que he comprado para tí, y que tan caras me han costado?

—¡Oh sí, padre mio! exclamó la jóven levantándose de la silla y yendo á abrazar á su padre. Las flores que me has dado, son muy bellas... demasiado bellas para mí!

—Sin embargo, es mi gusto que las lleves: ¿lo entiendes?

—Sí, padre mio.

—Pues mañana á la noche hay baile en la Embajada de Francia, y te las pondrás.

—¡Qué! ¿voy á ir al baile? preguntó la niña, casi con espanto.

—Sin duda: con tu madre y conmigo.

—Amigo mio, dijo Cármen, ya sabes que ni á María ni á mí nos agradan esas reuniones ruidosas: la falta de sueño nos quebranta.

—No importa, repuso bruscamente el anciano: por una noche, nadie se muere; además, he dado á la embajadora palabra formal de llevaros.

—¡Pero sino me divierto allí!

—Eso no importa, querida mia: á las tres cuartas partes de la gente que va le sucede otro tanto: pero van.

—Tendrán otras miras para violentarse.

—Tú debes tener la del buen parecer.

Lady G. se levantó: se acercó á su esposo, que continuaba paseándose por la sala, con visibles señales de mal rumor, y se apoyó suavemente en su brazo.

—Mi querido amigo, le dijo: yo no temo tanto esas fiestas por mí, como por María: ya sabes lo delicada que es: el día siguiente al del baile lo pasará tosiendo sin descanso.

—¿En el mes de Julio?

—¿Qué importa? el baile es en los jardines, y el relente de la madrugada es siempre nocivo para su pecho delicado.

—Sin embargo, señora, irá! respondió duramente Lord. G., que ya se hallaba en el colmo de la irritacion.

Cármen bajó la cabeza con abatimiento: conoció que era inútil insistir: dejó el brazo de su marido, en el cual se habia apoyado hasta entonces, y se dirigió lenta y tristemente á su sillón.

—Milady, dijo Osvaldo, ya es hora de que nos recojamos: este *caballero*, añadió señalando á Benedicto, se ha hecho esperar tanto!... Y á propósito, tia mia, ¿tiene ya habitacion preparada este *caballero*?

Es imposible explicar la amarga ironía, con que pronunció Osvaldo la palabra *caballero*; pero el joven, ocupado en hablar con María en voz baja, no reparó en ella.

Miss Arabela respondió á la pregunta de su sobrino acerca de la habitacion de Benedicto con un majestuoso movimiento de cabeza.

Aquella mujer, tenia aún la cándida inocencia de una criatura: nada comprendia ella de las terribles pasiones que se agitaban en torno suyo: en medio de aquella deshecha borrasca, en la que luchaban como atletas el amor, el cariño maternal, la ambicion, el odio, y la ironía, ella permanecia tranquila, y recreándose con la idea de lo económica y prontamente que habia mandado preparar la habitacion del huésped.

A una señal de su hermano, se levantó de su asiento, imitándola Lady G. y su hija.

—Caballero, dijo Lord G. á Benedicto: suplico á Vd. que mañana á las diez de la misma, me espere aquí.

Benedicto abrió asombrado sus grandes ojos negros, y los fijó en el anciano.

—Mañana... repitió maquinalmente, ¿aquí?

—Sí: tenemos que hablar de un asunto de mucha importancia para los dos.

El jóven, al oírse tratar de aquel modo ceremonioso y desusado entre una familia que habia mirado siempre como la suya propia, se volvió estupefacto.

Pero solo vió desfilas por delante de su vista todos los individuos de la familia con la precision automática de los fantasmas de Osian.

Salió primero Lady G., quebrantada y abatida por un dolor que no pensaba siquiera en disimular.

Luego siguieron Lord G. y su hijo, cada uno de los cuales hizo al jóven un ceremonioso y helado saludo.

Desapareció enseguida Arabela, con su ademán lánguido y su paso lento y acompañado.

María se quedó la última; volvió la cabeza, y envió una dulce mirada, y una afectuosa señal de despedida al atónito Benedicto.

Este permaneció inmóvil, hasta que vió des-

aparecer el último pliegue del blanco vestido de la jóven; y aun estaba en éxtasis, cuando entró un ayuda de cámara rigurosamente vestido de negro, y llevando en la mano un gran candelero de plata.

—¿El señor quiere seguirme? preguntó inclinandose respetuosamente ante Benedicto.

—¿A dónde? repuso éste, que aún creia soñar.

—A la habitacion que tiene preparada.

—Vamos.

El ayuda de cámara, echó á andar delante, y Benedicto le siguió hasta una estancia, decorada sencilla pero elegantemente.

El ayuda de cámara dejó la bugia sobre una mesa, encendió la lamparilla, y salió silenciosamente, cerrando tras sí la puerta.

III.

Antes de pasar adelante, para seguir narrando los acontecimientos de esta historia, es preciso que yo dé á conocer á mis lectores las relaciones que unian á Benedicto con Milord G. y su familia, y de qué naturaleza eran estas relaciones:

Un célebre médico de Lóndres habia sido amigo de Lord G. desde su infancia, durante